

Gourdon, V.

Historie des grands-parents

Edicions Perrin, Paris, 2011, 702 páginas

El pasado año 2012 y por iniciativa de la Unión Europea se ha celebrado el *Año del envejecimiento activo*. Se pretendía con ello llamar la atención sobre el ser, significado y función de un colectivo cuya presencia se va haciendo creciente sobre todo en el contexto de las sociedades técnica y económicamente más desarrolladas. Desde hace años, médicos, sicólogos, sicólogos sociales, sociólogos, gestores culturales, economistas y políticos, entre otros, se vienen haciendo eco de un tema que ocupa y preocupa. La crisis por la que atraviesa la economía occidental, particularmente en algunos países como el nuestro, quizás haya ayudado a que esta cuestión adquiera tonos especialmente preocupantes en los últimos años. Prejubilaciones, pensiones, privatización de determinados servicios sanitarios o pago de un canon por la dispensación de medicamentos son, entre otros, argumentos lo suficientemente sólidos como para que la imagen de la población mayor aflore con mayor fuerza a la superficie de nuestras preocupaciones.

La población mayor y el interés por ella no son, sin embargo, nuevos ni en el horizonte histórico, ni en el literario; tampoco en el historiográfico. Al contrario, la historia de nuestras sociedades y la historiografía que se ocupa de ella ofrecen un amplio terreno de experiencias y de reflexiones. Y la obra que nos ocupa es un ejemplo concluyente.

Publicada inicialmente en 2001, en 2012 ve nuevamente la luz en edición revisada y ampliada. Esta reseña trata de acercarla a quien no haya tenido la oportunidad de conectar con ella en su primera edición. No es exagerado señalar que nos encontramos ante una obra de referencia. Lo es por el carácter enciclopédico de sus contenidos, pero lo es, sobre todo, por haber sabido integrarlos en una propuesta articulada y sugerente. A través de un recorrido prolongado, plural y atrayente, el autor trata de desentrañar algunas de las claves que explican el influjo que el proceso de modernización socio-económica tiene en el estatus de los ancianos de la Francia que se adentra por los territorios de su modernización burguesa.

El núcleo central de trabajo parte de una constatación: la presencia real —más frecuente y significativa de lo que se supone— de los “abuelos” en las sociedades de los dos o tres últimos siglos anteriores. A este respecto, Gourdon se reconoce parte de una historiografía que comienza a cobrar relieve sobre todo a partir de la década de los ochenta del siglo pasado.

A partir de este punto, el estudio cobra un nuevo vuelo. Si el trabajo destaca por lo que plantea y expone, alcanza aún un mayor valor por la riqueza y complejidad de los caminos por los que transita. Estudios demográficos y

familiares, aproximaciones a la realidad económica, interés por los marcos de sociabilidad, conocimiento de las corrientes de pensamiento, dominio y uso acertado de las fuentes literarias, aproximación a las memorias personales son, entre otros, hitos que garantizan el éxito de la travesía. Poco importa que su ámbito analítico se centre en la realidad francesa. Los escenarios que recorre son realmente ricos y complejos, desde la cultura troncal pirenaica a la nuclear del norte, pasando por el modelo urbano de París y de L'île de France. En torno a esta panorámica, el autor articula una propuesta analítica e interpretativa que permite trascender el caso concreto francés para ofrecerse como referencia para que, si así lo desea, el lector vuelva sobre sus pasos y trate de leer desde estos horizontes esos otros paisajes que puedan resultar más próximos a sus querencias e inquietudes.

Su primer esfuerzo se centra lógicamente en documentar la presencia de los "*grands-parents*" en el seno de esas sociedades, lo que le da pie para avanzar posteriormente en el análisis del papel que desempeñan en los distintos modelos y momentos que se toman en consideración. Estudios monográficos, memorias y literatura iluminan ese largo recorrido. De este modo, se pasa gradualmente del interés por el peso de los "abuelos" en las estructuras demofamiliares al cuestionamiento de su papel y significación en los muy distintos ámbitos de la solidaridad familiar: asambleas familiares, funciones tutoriales, apoyo en distintas situaciones de precariedad, etc.

Este repaso histórico abre las puertas a la consideración de los relatos discursivos que se van desarrollando a lo largo de estos tres siglos. El autor profundiza con maestría en las fuentes literarias para dibujar un friso rico y dinámico. No resulta en absoluto casual que, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se detecte con claridad el inicio de una transformación progresiva en los ideales vigentes en torno a los abuelos. Cambia la semántica (de "*aïeuls*" a "*grands parents*") que los define; cambia la imaginería que los representa ("viejo barbudo"), pero cambia sobre todo la percepción que de ellos se tiene y que ellos reclaman como protagonistas de su propia vida. Es especialmente sugerente la consideración que se presta al paso que experimenta la nueva sociedad burguesa desde los esquemas "*agustinianos*" de la vejez hasta los que recuperan el "*modelo ciceroniano*". Frente a la vejez entendida como preparación para la salvación y olvido de lo presente, la "descristianización" ilustrada hace sitio a una nueva valorización de la vejez en la que encuentran un encaje acogedor el goce del vivir apacible de la ancianidad y la ternura para con los nietos. La concepción linajuda del abuelo deja paso a una percepción más humanizada del individuo anciano, de la persona mayor. La crisis del Antiguo Régimen encuentra, desde la consideración de la ancianidad, un nuevo modo de comprensión.

Se trata de un camino sin retorno. A lo largo del siglo XIX, la imagen y la propuesta del "abuelo-pastel" (*grand-parent "gâteau"*) va ganando terreno

consiguiendo imponer sus perfiles indulgentes y afectivos: lenitivo de penas y reconciliador de la familia. Pero también a este lado de la orilla acecha el fantasma de la idealización y de la mistificación: el abuelo-“pastel” se convierte en mito.

Demografía, familia, idearios, propuestas... No todo termina aquí. La sociedad reacciona, reacomoda comportamientos e idearios, pero ¿qué dicen los poderes políticos y los marcos normativos? El autor abre a este respecto un breve paréntesis en el que apunta una reflexión sobre las interferencias que se producen entre estos referentes y los marcos legales: el derecho y la jurisprudencia en la relación entre padres y abuelos. Un tema de gran interés — éste de las relaciones entre idearios y legislación— que simplemente se apunta y que queda pendiente de un tratamiento más exhaustivo.

Hablar de abuelos es, por lógica, hacerlo de los nietos y esta relación marca la línea de fuerza básica sobre la que se estructura una parte importante del estudio. La impronta de los abuelos en el proceso de socialización y educación de los nietos es un hecho tan documentado como plural en sus concreciones. A ello dedica el autor una parte importante de su estudio. Una vez más, su conocimiento de la literatura de la época permite al autor trazar un recorrido por las líneas centrales de esa función socializadora. No todo es simple y lineal, sin embargo, en el marco de estas relaciones “educativas”. La literatura de la época —sobre todo la literatura de marchamo pedagógico— pone sobre la mesa determinados interrogantes respecto del carácter ambiguo de esta relación que oscila entre el protagonismo de los afectos y sus derivaciones hacia la blandenguería. Hay algo, sin embargo, que queda fuera de toda duda. Su función como conservadores y transmisores de valores resulta crucial en el diseño vital de los nietos. Campo y ciudad imponen, sin embargo, modos educativos y cauces de transmisión peculiares y el autor atiende a la riqueza de estos matices.

Los vínculos entre ancianos y nietos no agotan, sin embargo, el panorama de las relaciones intrafamiliares. Ese marco de afectos y tensiones atrapa también —y con fuerza— al resto de los integrantes de la estructura familiar. Nacen de este modo otras experiencias, otras percepciones, otros retos y conflictos. La “abuela”, madre antes de abuela, se torna “suegra” y los vínculos hacia los nietos hacen sitio a los que la unen o alejan de hijas, hijos, nueras y yernos. Si las tensiones inherentes a la relación jerárquica estructural entre padres e hijos se suavizan en la relación abuelos-nietos, a la familia se le abre un nuevo frente en la relación entre el matrimonio de los abuelos y el de los hijos. Y todo ello se hace liturgia en los rituales familiares: bautizos, bodas, fiestas y aniversarios, bodas de plata, duelo... Y con el “nuevo rito”, el “antiguo documento” cede su espacio a nuevas formas de relación y de trato regidas por el juego de filigrana entre el “Usted” y el tuteo.

Sobre todo este trasiego de afectos y tensiones, el siglo XIX va construyendo la compleja red de unos códigos intrafamiliares acordes con la triunfante ideología burguesa. De este modo va tomando cuerpo el mito idealizado del abuelo y abuela burgueses: ideal físico “juvenil”, ausencia de estrecheces económicas, serena “vejez asumida”, vínculo equilibrado entre pasado y futuro, fundador de la Nación y soporte de patriotismo... Una vez más, una acertada lectura social de las fuentes (autobiografías, en este caso) permite al autor diseñar una imagen fiable de la realidad de un colectivo tan plural, frágil y huidizo como el de la burguesía.

Afortunadamente están superados los momentos en los que los historiadores distinguíamos entre grandes temas y temas de menor interés o de interés curioso. Hace ya tiempo que la divisoria se sitúa entre la forma y la inteligencia de los tratamientos: hay buenos trabajos y trabajos menores; tratamientos sólidos y tratamientos simplemente eruditos. Una comprensión integral de la historia parte del principio de que las realidades sociales son complejos mundos estructurados. Si el marco conceptual y analítico desde el que se aborda el estudio asume y aplica este axioma hermenéutico, todo acercamiento a la realidad tiene la virtualidad de ponernos en contacto íntegro con toda ella.

En este sentido, el libro que nos ocupa y la temática que aborda cumplen sobradamente. Es verdad que, a la hora de elegir la perspectiva desde la que aborda el proceso de modernización de la sociedad europea occidental de entre los siglos XVII y XIX, el autor opta por el caso francés, por los comportamientos y valores que ahorman la realidad familiar y por hacer uso de fuentes muy diversas y, a menudo, no excesivamente convencionales. Lejos de suponer una limitación, esta elección gradual se convierte en una de las virtudes básicas del trabajo. La familia, como instancia básica de articulación y reproducción de lo social, nos pone en contacto ineludible con la sociedad en la que se inserta y a la que sirve, dentro siempre de un marco dialéctico de comportamiento. Abordar su estudio poniendo el punto de mira en los abuelos, en su protagonismo, en los vínculos que se tejen en torno a ellos, en los valores que los rigen y en la lenta y profunda dinámica de cambio que va marcando su tránsito desde el siglo XVII hasta el XIX, se antoja una elección totalmente acertada. Porque preguntarse por los abuelos es, en realidad, hacerlo por el conjunto de la realidad familiar, por el conjunto de la sociedad. Estamos —no cabe la menor duda— ante una *Histoire des grands-parents*; pero estamos, sobre todo, ante la *Historia social de los abuelos*. Y, a mi entender, ninguno de estos tres elementos tiene preeminencia sobre el resto.

Nos hallamos, sin duda, ante una aportación historiográfica de primer orden. Pero sería injusto cerrar aquí esta reseña. No estamos ante una propuesta cerrada que se agota en sí misma. Conceptual y metodológicamente, esta *Histoire des grands-parents* se trasciende a sí misma y se abre

como oferta que anima a ensayar estudios similares en otros contextos. El autor marca una ruta, localiza los ámbitos en los que hospedarse y las fuentes en las que detenerse a calmar la sed del investigador.

JOSÉ URRUTIKOETXEA

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea